

En la parte inicial de cada uno de los tres volúmenes podemos encontrar el índice general de las ponencias, mesas redondas y comunicaciones que constituyen esta obra. Completa el tercer volumen de estas actas un índice onomástico que incluye los nombres de personas más relevantes citados en el cuerpo del texto de los tres volúmenes. Los nombres de autores antiguos aparecen en su versión latina, y entre paréntesis en las lenguas modernas en las que están citados.

Después de analizar todas las partes de esta obra podemos afirmar que constituye una obra de obligada consulta para quien se dedique al estudio de una de las mayores figuras de la literatura latina de época antigua. Igualmente podemos afirmar que esta obra constituye un antes y un después en los estudios dedicados a la persona y la obra de Quintiliano.

NELIA VELISCA GUTIÉRREZ

Cecilia Criado, *La teología de la Tebaida estaciana: El anti-*virgilianismo* de un clasicista*, Georg Olms Verlag AG, Hildesheim - Zürich - New York, 2000, 268 pp.

La obra que vamos a reseñar es el fruto sazonado de la dedicación de la Dra. Criado a la investigación estaciana, traducida en la publicación de trabajos, sugerentes y rigurosos, referidos sobre todo a la especificidad de la épica del napolitano, y que se ocupan de aspectos literarios (cronología, fuentes, etc.) y mitológicos.

La obra que nos ocupa constituye un estudio extenso acerca del poema épico estaciano, que abarca multitud de cuestiones que han preocupado a los filólogos que se han acercado a la *Tebaida*. No sólo analiza pormenorizadamente el mundo teológico y moral presente en dicho poema épico, sino que estas cuestiones, pertenecientes al contenido de la obra, abren la puerta a reflexiones sobre aspectos más formales de la misma, y que entroncan con la escritura de la *Tebaida* y con el uso que hace Estacio de sus fuentes, en especial (no podía ser de otra manera), de Virgilio.

Abre la obra una breve introducción, en la que la autora se centra en la cuestión del *virgilianismo* estaciano, analizando críticamente algunas obras escritas a este respecto. Es cosa sabida que Estacio es lo que podíamos llamar un *virgilianista* confeso, según declara en varios pasajes de su obra (el más conocido de los cuales se sitúa en la clausura de la *Tebaida*, donde se declara reverente seguidor del mantuano). Dicho *virgilianismo* ha sido subrayado por numerosos estudios, en los que se constatan las semejanzas formales entre ambos poetas (no hay más que echar un vistazo a la edición que Lesueur hace de la *Tebaida* en la colección “*Belles Lettres*”, en cuyas notas alude continuamente a los paralelismos entre el poema épico estaciano y el *virgiliano*). Frente a estos autores, la Dra. Criado se refiere a Estacio como un poeta de una intertextualidad compleja, que bebe de toda la tradición épica clásica, cuyo referente romano es, sin duda, Virgilio, pero que, a la vez, no ha podido sustraerse al credo literario en el que se encuentra inmerso (que, por supuesto, no es el de la época de Augusto) y que, en el caso de la épica, se caracteriza por una transgresión, más o menos radical,

del código virgiliano (pensemos en el caso de Lucano, tan presente en nuestro autor). En opinión de la autora, según expone en esta introducción, el análisis de la maquinaria divina y de algunas cuestiones referidas al que llama “mundo moral estaciano” pueden ofrecernos datos significativos sobre la poética estaciana, concretamente sobre el lugar que ocupa el poema del napolitano dentro de la tradición épica. A estos aspectos va a dedicar la obra, que divide en dos capítulos extensos.

El primero de ellos se refiere, como no podía ser de otra forma, a la maquinaria divina. En él, la autora analiza exhaustivamente, siguiendo una disposición secuencial, todas las intervenciones de los dioses en el poema épico. Dicho análisis abarca no sólo aspectos mitográficos y teológicos, sino también cuestiones literarias (fuentes, función narrativa de la divinidad, etc.). De dicho análisis se desprende que Estacio hace un uso de la maquinaria divina muy diferente al virgiliano. Así, la presencia de las divinidades olímpicas resulta, en muchas ocasiones, vacua y ornamental, hasta tal punto que, en ocasiones, las decisiones de los *superi* no tienen un reflejo en la esfera humana, lo cual da lugar a inconsecuencias narrativas. La función de las divinidades olímpicas es desempeñada, a veces por personificaciones. Frente a esto, las divinidades aquerónicas adquieren un peso extraordinario, que no tienen en la épica virgiliana.

Así, en el tratamiento de la maquinaria divina pueden observarse diferencias radicales con el mantuano. No se trata de una transgresión radical, a la manera de Lucano, que elimina el aparato divino. Estacio lo mantiene, pero ese predominio del mundo aquerónico confiere al poema un tono sombrío, que contrasta con la luminosidad de la *Eneida*. La autora, sin embargo, no sólo constata ese hecho, sino que se pregunta por las causas. En su opinión, esa omnipresencia del mundo aquerónico puede ser, por una parte, influjo de la tragedia y de los gustos literarios de la época, con esa complacencia en todo lo tétrico y macabro. Por otra parte, estas divinidades pueden expresar metafóricamente de forma muy efectiva el *furor* de los personajes, resaltado continuamente por Estacio.

En otro orden de cosas, el aumento de las personificaciones, en detrimento de las divinidades olímpicas concretas y tradicionales, abriría, aunque muy tímidamente, las puertas a una nueva forma de épica, cuyo representante clásico más destacado es la *Psychomachia* de Prudencio, y que conocería un extenso desarrollo en época medieval.

El segundo capítulo está dedicado a lo que la autora llama “el mundo moral estaciano”, centrándose en varias cuestiones: el *furor*, la *pietas*, el *fatum* y la figura de Júpiter como personificación del mismo. De acuerdo con algunos autores, el tratamiento de *furor* y *fatum* obedece a presupuestos estoicos. En efecto, el *furor* es una cuestión central dentro del estoicismo senecano, y la identificación entre Júpiter y Destino aparece asimismo en dicho movimiento. Sin embargo, y esto lo subraya muy bien la autora, Estacio no es providencialista, sino fatalista y, por lo que se refiere al *furor*, en su tratamiento no sigue la doctrina de Séneca (por otra parte, como indica claramente la autora, ni siquiera el propio Séneca sigue de una forma absoluta su doctrina del *furor* a la hora de escribir sus tragedias, lo cual quiere decir simplemente que literatura y filosofía siguen códigos diferentes de escritura, por más que en algunos casos existan profundas imbricaciones entre una y otra). Otros exegetas han discurri-

do por caminos literarios y se han referido a la influencia de la tragedia (no puede olvidarse que la materia tebana conoce un extraordinario desarrollo en la tragedia y que las fuentes literarias más importantes son trágicas) en la elaboración del *furor* y el *fatum*. Incluso algunos de estos autores han interpretado algunas de las inconsecuencias del poema por la confluencia de géneros literarios diferentes (para algunos, la *Tebaida* es una elaboración épica de un material trágico). La autora responde, en mi opinión certeramente, a este tipo de cuestiones. Por una parte, Júpiter como figura del Destino aparece ya en la *Iliada* (y, por supuesto, Homero no era estoico, por más que la exégesis antigua quiso hacer de él un estoico *avant la lettre*). Por lo que se refiere a la posible influencia de la tragedia, la autora opina que, en el caso de la *Tebaida*, más que hablar de elementos trágicos, habría que hablar de *pathos*, ingrediente fundamental de dicho género de acuerdo con las corrientes aristotélicas, pero que, según estas mismas corrientes, aparece también en la épica, y en concreto, y de una manera sobresaliente, en Homero. La investigación sobre el *pathos* no se circunscribe, pues, a ninguna escuela filosófica determinada ni su aparición es privativa de la tragedia. Así pues, el carácter trágico de la *Tebaida* entroncaría con un homerismo mayor que el virgiliano, sin olvidar ese gusto por lo patético, presente en la épica del siglo I, especialmente el poema lucaneo (si bien el *pathos* no está ausente de la *Eneida*, como puede verse, entre otros, en el episodio de Dido). De nuevo, pues, antivirgilianismo.

Dentro de la descripción de este universo conceptual, la autora también se refiere críticamente a las exégesis políticas de la obra. No podemos olvidar que el tema de la *Tebaida* es, en última instancia, una guerra civil, aunque ésta sea mitológica y esté ubicada temporalmente en una época muy lejana a la que le toca vivir al autor. Sin embargo, Estacio conoció sangrientos enfrentamientos civiles en la época que le tocó vivir, y no han faltado autores que han leído en clave histórico-política algunos episodios del poema (no olvidemos que algunas obras de esta época, como las tragedias de Séneca o el poema lucaneo han sido objeto de lecturas de este tipo. En concreto, en el caso de Lucano, la lectura antineroniana de la *Farsalia* ha dado lugar a excesos memorables).

Asimismo la autora se refiere a otro tipo de cuestiones, como el controvertido libro XII, aspecto éste en el que ofrece síntesis extraordinariamente sugerentes.

Completan el libro tres apéndices (uno sobre las lecturas políticas de la obra, el segundo sobre el libro XII y el tercero sobre la arqueología mítica tebana), así como una completa bibliografía.

En resumen, creo que se trata de una obra esclarecedora, en la que la autora, partiendo de un análisis de la cosmovisión religiosa y moral presente en la *Tebaida*, extrae conclusiones certeras sobre la posición que ocupa dicho poema en la tradición épica. En mi opinión, nadie que lea este libro puede seguir definiendo a Estacio como un ciego devoto de Virgilio (por más que, desde el punto de vista estilístico, aspecto éste que no toca la autora, sí pueda observarse una sintonía con el mantuano), teniendo en cuenta cómo rompe el código virgiliano. Así, la definición del napolitano como un "clasicista antivirgiliano" me parece totalmente atinada.